

# ESTUDIO BÍBLICO.

## CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 15.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

Será necesario saltar del octavo al decimotercer capítulo; no porque en los capítulos intermedios no se encuentren algunas de las verdades más importantes de la Biblia, sino porque el tiempo asignado para esta serie de estudio bíblico es demasiado limitado para permitir su lectura. Así que, esta noche abordaremos el estudio del capítulo 13, ya que trata cuestiones de vital importancia para todos los creyentes en el mensaje del tercer ángel. Este capítulo se utiliza y se cita con frecuencia para probar que el gobierno civil tiene algo que ver con la religión; y la razón por la que se comete este error es que el capítulo se considera un tratado que expone los deberes de los gobernantes civiles y muestra los límites hasta donde puede extenderse su poder. Pero esto es un error.

En este capítulo, el apóstol Pablo está hablando a cristianos profesos. Como ya hemos dicho, esto se demuestra en la primera parte de la epístola, donde en el segundo capítulo el apóstol se dirige a aquellos que descansan en la ley y se jactan de Dios. Desde ese punto en adelante, la epístola se dirige a aquellos que profesan conocer a Dios. En el capítulo siete el apóstol dice: «Porque hablo a los que conocen la ley» (Romanos 7:1). Así que, en lugar de que el capítulo decimotercero sea simplemente un tratado sobre el gobierno civil, mostrando sus deberes y límites, está dirigido a la iglesia, mostrando cómo deben relacionarse con Dios, para no estar en conflicto con las autoridades que existen. Si esto se tiene en cuenta, será de gran ayuda para la solución de las muchas preguntas importantes que se consideran en el capítulo.

«Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios se opone; y los que se oponen, acarrearán condenación para sí mismos» (Romanos 13:1, 2). Estos versículos no deben interpretarse como si enseñaran que los cristianos deben

obedecer todo mandato que los gobiernos civiles puedan imponerles. Podemos recordar el tiempo en que esto fue escrito, y a la gente a la que se dirigía. Fue escrito en un tiempo en que el Imperio Romano ejercía dominio sobre todo el mundo conocido, y se dirigía especialmente a la iglesia en Roma, la capital de este Imperio universal. El emperador que reinaba en ese tiempo era Nerón, y fue sin duda el monarca más perverso, el más sanguinario y abominablemente licencioso que jamás se sentó en el trono de cualquier reino. Supongo que nunca hubo otro hombre en el mundo que combinara tanta maldad en sí mismo como Nerón, el emperador de los romanos. Era un pagano, y un pagano entre los paganos.

Las leyes que se promulgaban en Roma reconocían la religión pagana y se oponían al cristianismo. En el reinado de Nerón ocurrió la más cruel persecución a los cristianos que jamás ha habido desde que el mundo comenzó; y fue durante esta persecución que el apóstol Pablo perdió la cabeza. Por lo tanto, es manifiesto que el apóstol, cuando dice que debemos estar sujetos a las autoridades que existen, no quiere dar a entender la idea de que debemos hacer todo lo que las autoridades nos digan que hagamos. Si el apóstol Pablo hubiera hecho eso, nunca habría perdido la cabeza; pero sufrió porque la verdad que predicaba se oponía a los principios del gobierno romano; y no podemos suponer que el apóstol Pablo predicara una cosa y hiciera otra. Entonces surge la pregunta: ¿Qué quiere decir al exhortarnos a ser *sujetos a las autoridades superiores*?

Tomemos el caso negativamente. No debemos resistir a las autoridades que existen. ¿Por qué? Porque somos hijos del Altísimo —hijos del reino celestial—, y la regla de ese reino es la paz. El gobernante del reino es el Príncipe de paz. Por lo tanto, dado que hemos sido librados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de su Hijo, debemos permitir que la paz de Dios gobierne en nuestros corazones. «Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones» (Colosenses 3:15). Por esta razón debemos «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

En el capítulo 12 de Romanos se nos instruye: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Romanos 12:18). Eso no significa que debamos vivir en paz con todos los hombres solo mientras

podamos soportar su provocación, y que cuando eso se vuelva insoportable, tengamos la libertad de tener una disputa abierta con ellos en una riña formal. Sino que significa que, «si es posible, en cuanto dependa de vosotros», debéis vivir en paz con todos los hombres. ¿Hasta qué punto, entonces, le es posible al cristiano vivir en paz con todos los hombres? Le es posible estar en paz con todos los hombres, en lo que a él mismo respecta, todo el tiempo. Porque, él está ciertamente muerto al pecado, pero vivo para Cristo. Cristo mora en su corazón por la fe, y Cristo es el Príncipe de paz. Entonces no hay circunstancias bajo las cuales el cristiano esté justificado en perder los estribos y declarar la guerra ya sea contra un individuo o contra un gobierno.

En Gálatas 5:18, se nos dice: «Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gálatas 5:18). Las obras de la carne son las obras que hacen aquellos que están bajo la ley, y en la enumeración de estas obras encontramos la palabra *contiendas*. Por lo tanto, un cristiano no puede entrar en contienda, porque no está en la carne. Las contiendas no pueden tener lugar en nosotros: por lo tanto, en lo que a nosotros respecta, habrá paz todo el tiempo. Pero si aquellos hombres con quienes tenemos que tratar endurecen sus corazones contra la verdad de Dios, y no se dejan afectar por la verdad, causarán problemas, pero el problema será de su parte; con nosotros habrá paz todo el tiempo.

En 1 Pedro 2:21 y siguientes, se nos dice que Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. Él, cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a aquel que juzga con justicia. El caso de Cristo ante el Sanedrín, ante Pilato, es un ejemplo de paz perfecta. Por lo tanto, si seguimos el ejemplo de Cristo y la exhortación de Pablo, la cual, siendo inspirada, debe estar en armonía con ella, no llegaremos a ese punto donde muchos dicen que *la paciencia deja de ser una virtud*. Si somos cristianos, tenemos el amor de Cristo morando en nuestros corazones. Ese amor es caridad, y el amor todo lo soporta.

Cristo, en su sermón del monte, nos mandó: «No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra» (Mateo 5:39). Ahora, ¿quiere decir lo que dice o no? ¿Significa eso que si un

hombre malvado se nos acerca y nos ofrece violencia personal, debemos defendernos, o no? Dejamos esta pregunta abierta para que la decidáis vosotros mismos.

No importa bajo qué gobierno viva un cristiano, tiene el deber de no resistir sus ordenanzas. Todos los gobiernos, buenos, malos o indiferentes, son ordenados por Dios; de modo que la maldad o los males existentes en el gobierno no dan excusa al cristiano para resistir. Todos los gobiernos son ordenados por Dios, y todos son mejores que la anarquía; pero no están ordenados para encargarse de promover o llevar a cabo la religión, porque Dios no ha delegado su autoridad en asuntos de religión a ningún poder terrenal, aunque son ordenados por Dios.

Ahora bien, ¿cómo es que debemos estar sujetos a las autoridades, pero no siempre obedecerlas? Tomemos un ejemplo conocido. Nabucodonosor era rey de Babilonia, y el suyo era ciertamente un gobierno ordenado por Dios, pues Dios había entregado todas las tierras sobre las cuales reinaba en manos de Nabucodonosor, el rey de Babilonia, y todas las naciones debían servirle a él, y a su hijo y al hijo de su hijo. Nabucodonosor hizo una estatua de oro y mandó que cuando sonara la música, todo el pueblo debía postrarse ante ella. Se le informó al rey que los tres hebreos, Sadrac, Mesac y Abed-nego, no se habían postrado y adorado la estatua de oro. El rey los llamó y les dijo que, aunque lo habían desobedecido, pasaría por alto esa ofensa, si cuando la música sonara de nuevo, adoraban la estatua. «Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: Oh Nabucodonosor, no necesitamos responderte sobre este asunto. He aquí, nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tu mano, oh rey, nos libraré. Y si no, sabe, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua de oro que has levantado» (Daniel 3:16-18).

Ellos no resistieron al rey. Él les dio una alternativa. Podían hacer una de dos cosas: postrarse ante la estatua o ser echados en el horno. Desobedecieron la orden de postrarse ante la estatua; pero no resistieron la alternativa de ir al horno.

Y además le dijeron al rey que su Dios era capaz de librarlos de su mano; pero no sabían si lo haría o no. Eso no importaría de todos modos. Si Él no elegía librarlos, serían quemados. Eso estaba bien; entregarían sus vidas, triunfarían en la muerte, y de esa manera serían librados de su mano, si no de otra.

¿Cuál es la relación de los cristianos con el gobierno civil? Cristo es el Ungido. ¿Para qué fue ungido? «A predicar buenas nuevas [el evangelio] a los mansos; . . . a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel» (Isaías 61:1). Ahora bien, habrá un tiempo en que los reinos de esta tierra vendrán a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, como es declarado por el profeta.

En el salmo segundo, leemos: «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Salmos 2:8). Pero, ¿qué va a hacer con ellos? Despedazarlos. Ese tiempo aún no ha llegado; por lo tanto, Cristo, el Mediador, no tiene absolutamente nada que ver con los gobiernos de la tierra; su gobierno es un gobierno espiritual en los corazones de su pueblo. Su reino, pues se sienta sobre un trono y gobierna, es un gobierno sobre los corazones de su pueblo. Él gobierna en los corazones de los hombres, donde es imposible para los reyes de la tierra gobernar. Las contiendas pueden gobernar allí todo el tiempo; pero ellos no pueden impedirlo; o la paz puede tener dominio, y ellos no pueden perturbarlo. Él se sienta sobre un trono de gracia, y allí dispensa gracia sin interferir con los gobiernos de la tierra y de una manera que ellos no pueden impedir.

Los grandes hombres de esta tierra ejercen señorío sobre otros; pero Cristo ha mandado que no sea así entre su pueblo, sino que el que quiera ser el más grande entre ellos, sea el siervo de todos.

Tomemos a Daniel como ejemplo de cómo los hombres deben estar sujetos a las autoridades que existen, y aun así estar sujetos a Dios. Se estableció un decreto de que cualquiera que hiciera una petición a cualquier dios u hombre durante treinta días después de la promulgación de ese decreto, salvo al gran rey Darío, sería echado en el foso de los leones. Daniel ocupaba un alto cargo en el

gobierno, y era un ciudadano pacífico, como todo cristiano debe serlo. Le habría sido muy fácil decir: *"No necesito pedir nada a nadie durante treinta días, y puedo encerrarme en mi casa donde nadie pueda verme, y allí puedo adorar a Dios en silencio, y así llevaré a cabo mi religión y adoraré al Dios del cielo, y aun así no provocaré la ira del rey contra mí."*

Esta es una cuestión de vital importancia para nosotros. Cuando es probable que la persecución caiga sobre nosotros, ¿dejaremos de trabajar abiertamente en nuestros campos el primer día de la semana, como hemos estado haciendo, y haremos algo en silencio en nuestras casas, para que nadie nos vea, o debemos hacer como hizo Daniel? Él abrió sus ventanas e hizo exactamente lo que le dijeron que no hiciera: hacer peticiones al Dios del cielo. Lo hizo abiertamente donde sus enemigos podían verlo hacerlo, aunque se había aprobado el decreto de que por seguir tal curso sería echado en el foso de los leones. ¿No estamos, cuando por miedo a la persecución, trabajamos en silencio en nuestras casas donde ningún hombre puede vernos, escondiendo nuestra luz debajo de un almud? Algunos dicen que no hay necesidad de ser temerarios. Eso es muy cierto; pero ¿seremos temerarios si hacemos como hizo Daniel? ¿Diremos que cometió un error?

En 1 Pedro 2:13, se nos dice: «Someteos, por causa del Señor, a toda institución humana, ya sea al rey como a superior, ya a los gobernadores como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que, haciendo bien, hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (1 Pedro 2:13-17). Esto es paralelo con la declaración en Romanos 13, como se ve en el versículo 7.

Pedro lleva este mismo principio a las cosas menores de la vida, e inmediatamente después de hablar del deber de obediencia al rey, habla del deber de los siervos para con sus amos. Si nos encontramos sujetos a un amo, y no hay diferencia si gobierna sobre uno o sobre millones, todos debemos estar sujetos a él. Pero suponiendo que el amo sea un hombre malo, y que mande a los

que están bajo él que hagan algo que está mal, ¿entonces qué? «Porque esto es digno de alabanza, si alguno, a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis con paciencia? Pero si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis con paciencia, esto es aceptable delante de Dios» (1 Pedro 2:19-20).

Si un hombre se encuentra sujeto a un amo malo, y hace todo lo que ese amo malo le dice, ¿cómo puede sufrir por ello? Él es un instrumento dispuesto en las manos de su amo; pero el sufrimiento es provocado por el hecho de que no hará las cosas malvadas mandadas; y esto es lo que es aceptable delante de Dios. Él ha desobedecido a la autoridad, y porque la ha desobedecido, sufre; pero sufre por hacer el bien. Si obedece a ese amo perverso, debe desobedecer a Dios. Esto sabemos que estaría mal. Pero es perfectamente correcto desobedecer el decreto malvado de un amo o gobierno, siempre que, cuando llegue el castigo, lo soportemos con paciencia. Esto es aceptable delante de Dios. El mismo hecho de que un hombre sufra por hacer el bien, muestra que es siervo de Dios y acepto por Él. Entonces, ¿cómo es que podemos estar sujetos a las autoridades que existen, y sin embargo ir directamente en contra de lo que dicen? — Sometiéndonos al castigo, pero sin hacer la cosa mala que nos mandaron hacer. Como cristianos, debemos lealtad a Dios, la autoridad suprema, y solo a Él.

«¿Quieres, pues, no temer la autoridad?» (Romanos 13:3). «Haz lo bueno» (Romanos 13:3), y tendremos alabanza de ella. La misma verdad es expuesta por el profeta Isaías cuando dice: «No llaméis conjuración a todas las cosas que este pueblo llama conjuración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. Santificad al Señor de los ejércitos a él; sea él vuestro temor, y sea él vuestro espanto» (Isaías 8:12, 13). Los cristianos deben santificar al Señor en sus corazones; entonces él será su temor, y no temerán lo que los hombres les hagan.

Pedro expone la misma verdad cuando dice: «Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la

esperanza que hay en vosotros» (1 Pedro 3:14, 15). No temáis el terror. ¿Por qué? Porque hemos santificado al Señor Dios en nuestros corazones, y él es nuestro temor. Dios está con nosotros, Cristo está con nosotros, y cuando los hombres arrojan reproches sobre nosotros, los arrojan sobre nuestro Salvador. Él es quien sufre, no nosotros.

Debemos santificar al Señor en nuestros corazones y estar siempre listos para dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Me ha parecido, por las conexiones de estas palabras y la escritura que se cita, que el momento especial en que debemos dar esta respuesta de la esperanza que hay en nosotros, es el momento en que somos llevados ante magistrados por hacer el bien. ¿Qué ayuda tenemos? Hemos santificado al Señor Dios en nuestros corazones al tomar su palabra en nuestros corazones, así que no necesitamos hacer una gran provisión para lo que diremos. Porque Dios dará «una boca y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lucas 21:15).

Me parece que lo más importante para todos los que tenemos esta verdad especial que sin duda nos traerá problemas con las autoridades que existen, es santificar al Señor Dios en nuestros corazones por el Espíritu de Dios y su palabra. Debemos convertirnos en estudiantes de la palabra de Dios y seguidores de Cristo y su evangelio. Creo que hay granjeros y mecánicos entre nosotros que, aunque nunca han podido juntar textos para predicar un sermón, sin embargo, han santificado al Señor en sus corazones mediante el estudio fiel de su palabra. Estos hombres serán llevados ante los tribunales por su fe, y predicarán el evangelio allí como parte de su defensa, porque Dios en ese día les dará una boca y sabiduría que sus adversarios no podrán contradecir ni resistir.

A veces la gente dice que no tiene sentido hacer prominente nuestra fe y así buscar la persecución. Pero si seguimos tal política como esta, hermanos, ¿qué estamos haciendo sino esconder nuestra luz debajo del almud? Si no permitís que nadie vea el resplandor de vuestra luz, ¿de qué sirve?

A veces estamos en peligro de trabajar tan diligentemente para evitar la persecución, para poder llevar adelante la obra en paz, que descuidamos la obra.

Se nos dice que si desobedecemos las leyes y somos encarcelados, nuestras esposas y familias sufrirán, y que nuestro primer deber es proveer para ellas. Ahora, hermanos, ¿hasta dónde podemos llevar esto? ¿Mostraremos nuestra lealtad a Dios, o la esconderemos? Oh, dice uno, *«¡Podemos guardar nuestra religión; pero podemos guardarla en silencio; no debemos dejar que nuestras familias sufran!»* Hermanos, *«¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»* (Mateo 16:26). El Maestro dice: *«El que pierda su vida por causa de mí, la hallará»* (Mateo 16:25).

Volvamos al caso de Daniel. Él no se mantuvo en silencio: oró abiertamente. *«Sí; estuvo bien que Daniel hiciera eso, pero ahora es diferente en el siglo diecinueve.»* No; no lo es. Es exactamente lo mismo. La gente podría haberle dicho: *«Daniel, puedes hacer el bien a tu pueblo desde la posición de influencia que tienes; puedes evitar que sean perseguidos. ¡Ahora no vayas a encerrarte en ese foso de leones, ni pierdas tu vida, ni traigas gran calamidad sobre tu pueblo!»* Pero Daniel sí fue al foso de los leones, y fue allí por vivir su fe abiertamente, y de una manera que todos los hombres pudieran verla, ¿y trajo calamidad sobre su pueblo? No, en absoluto. Como consecuencia de su obediencia, el nombre del Dios del cielo fue más honrado y reverenciado en esa nación de lo que jamás lo había sido antes.

Es nuestro deber predicar el evangelio; levantarnos y dejar que nuestra luz brille, y si hacemos eso, Dios contendrá los vientos mientras deban ser contenidos. Hermanos, el mensaje del tercer ángel es la cosa más grande en toda la tierra. Los hombres no lo consideran así; pero llegará el tiempo en nuestra vida cuando el mensaje del tercer ángel será el tema y asunto de conversación en cada boca. Pero nunca será llevado a esa posición por personas que se callan al respecto, sino por aquellos que confían en Dios y no tienen miedo de hablar las palabras que Él les ha dado.

Al hacer esto, no tomaremos nuestras vidas en nuestras manos, y por ello doy gracias a Dios. Nuestras vidas estarán escondidas con Cristo en Dios, y él cuidará de ellas. La verdad será llevada a este alto lugar simplemente por hombres y mujeres que salen y predicán el evangelio y obedecen lo que predicán. Que la

gente conozca la verdad. Si tenemos un tiempo de paz para difundirla, estaremos agradecidos por ello. Y si los hombres hacen leyes que parecen cortar los canales por los que puede avanzar, podemos estar agradecidos de que adoramos a un Dios que hace que incluso la ira de los hombres le alabe; y Él lo hará —difundirá su evangelio por medio de esas mismas leyes que los hombres malvados han promulgado para aplastar su vida. Dios sujeta los vientos, hermanos, y nos manda a llevar el mensaje. Él los retendrá mientras sea mejor que sean retenidos, y cuando comiencen a soplar, y sintamos las primeras ráfagas al comienzo de la persecución, harán justamente lo que el Señor quiere que hagan.

Cantamos:—

Si por mares en calma,

Serenamente al cielo navegamos,

Con corazones agradecidos, oh Dios, a ti,

Reconoceremos el viento favorable.

Pero si las olas se levantan,

Y el descanso tarda en llegar,

Bendita sea la tristeza, amable la tormenta,

Que nos acerca más al hogar.

A menudo cantamos eso, hermanos, cuando no lo creemos. Porque cuando vemos la tormenta que se acerca, pensamos que no es lo mejor para nosotros dejar que venga, así que nos escondemos de ella o intentamos evitarla. Pero todo obra conforme al consejo de la voluntad de Dios. La tormenta apresurará la calma y el descanso no tardará en llegar.

«Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra. No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley» (Romanos 13:7, 8). Si hacéis esto, viviréis en paz con todos los hombres, en cuanto de vosotros dependa. Si amáis a vuestro prójimo como a vosotros mismos,

ese es el cumplimiento de toda la ley; porque un hombre, para amar a su prójimo, debe amar a Dios, porque no hay amor sino de Dios.

Si amo a mi prójimo como a mí mismo, es simplemente porque el amor de Dios mora en mi corazón. Es porque Dios ha establecido su morada en mi corazón, y no hay hombre en la tierra que pueda quitármelo. Es por esta razón que el apóstol se refiere a la última tabla de la ley, porque si cumplimos nuestro deber para con nuestro prójimo, naturalmente se sigue que amamos a Dios.

A veces se nos dice que la primera tabla señala nuestro deber para con Dios y constituye la religión, y que la última tabla define nuestro deber para con nuestro prójimo y constituye la moralidad. Pero la última tabla contiene deberes para con Dios tanto como la primera. David, después de haber quebrantado dos de los mandamientos contenidos en la última tabla, al hacer su confesión, dijo: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmos 51:4). Dios debe ser primero y último y todo el tiempo. Y si los requisitos de Dios exigen que vayamos en contra de los requisitos del hombre, debemos obedecer a Dios y confiarle todo lo nuestro.

No importa si los hombres malvados obstaculizan el camino; debemos *avanzar* con nuestra obra. Cuando Israel salía de Egipto, llegaron a un lugar donde el Mar Rojo estaba delante de ellos y las montañas y el ejército de los egipcios detrás; pero el mandato de Dios a Moisés fue: «Di a los hijos de Israel que marchen» (Éxodo 14:15). Pero, ¿cómo podrían hacerlo con el mar delante de ellos y sus enemigos detrás? Eso no importaba. Dios dijo: «*Avanzad*».

Estas cosas están escritas para nuestra amonestación, a quienes los fines de los siglos han alcanzado. Los israelitas debían avanzar con la palabra de Dios. No importaba si el mar estaba delante de ellos. Dios lo abrió para que pasaran a pie enjuto. Pero si no lo hubiera hecho, podrían haber pasado sobre el agua igualmente bien. Podrían haber cruzado con la palabra de Dios. Esa fue la manera en que Pedro caminó sobre el Mar de Galilea.

Debemos recordar siempre que somos hijos de Dios; y siendo hijos de Dios, hemos vencido al mundo. Todas estas lecciones que hemos tenido son para

prepararnos para el tiempo de angustia. «Por tanto, tomad toda la armadura de Dios (que es el Señor Jesucristo), para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes» (Efesios 6:13).